



ASOCIACIÓN ARGENTINA DE ESPECIALISTAS EN ESTUDIOS DEL TRABAJO

CONGRESO NACIONAL DE ESTUDIOS DEL TRABAJO

EL TRABAJO EN CONFLICTO. Dinámicas y expresiones en el contexto actual

BUENOS AIRES, 2, 3 Y 4 DE AGOSTO DE 2017

Grupo Temático N° 13: Hegemonía y formación de los trabajadores y proceso de trabajo.

Coordinadores: Claudia Figari, Nuria Giniger y Dana Hirsh

**Prácticas de resistencia de los trabajadores a la dominación capitalista.
(Un análisis teórico para entender sus variaciones)**

Autor/es: Ivana Teijón

E – mails: ivy93_97@hotmail.com

Pertenencia institucional: Universidad Nacional de Mar del Plata

Introducción:

Para esta ponencia presentaré el recorrido teórico que me ha permitido comprender mi objeto de estudio, en el marco de mi tesis de grado. Esta revisión teórica e histórica presta las bases para el análisis de mi trabajo de campo, actualmente en curso.

Para mi investigación me propongo analizar las prácticas de dominación que ejerce el sistema capitalista sobre los trabajadores y las prácticas de resistencias que desarrollan los trabajadores del sector servicios (gastronomía y hotelería) en la ciudad de Mar del Plata en la actualidad. Entiendo que la segmentación y dispersión de la fuerza de trabajo sumadas al carácter fuertemente estacional de las actividades hoteleras y gastronómicas en la Mar del Plata actual dificultan las expresiones de luchas abiertas contra la dominación patronal, razón por la cual las formas de resistencia predominantes en estos rubros son todas aquellas formas opacas, poco visibles u ocultas, como el ausentismo, los accidentes y enfermedades inducidas, los juicios laborales, el trabajo a desgano, la impericia adrede, entre otras. Por ello, mi objetivo para esta ponencia es observar y analizar qué lugar ocupan, las prácticas de resistencia no manifiestas que los trabajadores movilizan contra la dominación capitalista, en relación a la lucha obrera. Como así también, analizar las distintas prácticas de dominación que se ejercen sobre los trabajadores. Se trata de pensar el conflicto asociado a la formas de dominación laboral, de comprender de manera dialéctica la relación entre control y resistencia. Dialéctica en el sentido en que la modificación de esa relación implica transformaciones en los elementos constitutivos



de esa relación, y también dialéctica en cuanto la iniciativa política de alguna de las partes condiciona el accionar de la otra (Montes Cató, 2007).

Por un lado, analizaré las distintas discusiones teóricas que hay sobre el tema. Si bien existen numerosos trabajos sobre las distintas luchas obreras que se han llevado a cabo, para este trabajo rescataré aquellos estudios centrados en las micro-prácticas de resistencia que se encuentran ocultas, pero no ausentes. El fin, de generar estas discusiones, es poder analizar el rol que ocupan estas prácticas para la lucha obrera, desde los aportes de los distintos autores. Por otro lado, examinaré el desarrollo histórico que estas prácticas (dominación y resistencia) han adoptado, teniendo en cuenta los distintos modelos de producción, las políticas laborales y el contexto general. Entiendo que con el devenir histórico el capitalismo se ha ido perfeccionando para contrarrestar los avances del movimiento obrero, y así seguir obteniendo más plus-trabajo. A raíz de esto, el control patronal ha adoptado nuevas estrategias para disciplinar al personal. Es necesario problematizar estas prácticas a la luz de las mutaciones que ha experimentado la relación capital-trabajo en el último tiempo. Transformaciones que ponen de manifiesto que actualmente los controles se han sofisticado, ya no basta con la disciplina, sino que es necesario requerir de los trabajadores cooperación, implicación, iniciativa, consentimiento, etc. (Collado, 2001).

Sobre los procesos de producción y la dominación...

Los obreros desarrollan su labor bajo las reglas del sistema capitalista. Con el devenir histórico, este sistema ha sido moldeado para contrarrestar los avances del movimiento obrero. De este modo, el capitalismo los fue confrontando cada vez más en pos de frenarlo y contrarrestar la tasa decreciente de ganancia. Si bien las técnicas de control empresarial han sido prácticas comunes desde los inicios del capitalismo, con el correr de los años la dinámica burguesa fue enfrentando nuevos desafíos a los cuales debió responder. Una de las formas de respuesta tiene que ver con la reelaboración de estos dispositivos de control de la fuerza de trabajo con una complejidad y sofisticación crecientes (Krepki y Miguel, 2014). Para analizarlas es necesario hacer un recorrido y un análisis del desarrollo del sistema capitalista desde sus comienzos.

Para hablar de dominación y resistencia en los inicios del capitalismo nos retraemos como punto de partida a los aportes realizados por Karl Marx. En los inicios de este sistema la dominación la propiciaba directamente el capitalista. Quien contrataba a un número grande de obreros para trabajar, en un mismo lugar y al mismo tiempo, en la fabricación de la misma clase de mercancía para lanzarlas



al mercado en una escala relativamente grande. El capitalista compra la fuerza de trabajo y la consume haciendo trabajar a su vendedor y así, convierte la fuerza de trabajo en acción, en obrero. De esta manera materializa su trabajo en mercancía, que anteriormente materializó en valores de uso, es decir en objetos aptos para la satisfacción de necesidades de cualquier clase. (Marx, 1867).

Pero con la contratación de muchos obreros, aparece el mando como un requisito indispensable del propio proceso de trabajo. El objetivo de una producción capitalista es obtener la mayor valorización posible del capital, es decir hacer que rinda la mayor plusvalía posible y por ende que la fuerza de trabajo sea explotada con la mayor intensidad. Esto da lugar a la aparición del papel directivo de vigilancia y de enlace, para fiscalizar y evitar que se malgaste el empleo. Que si bien, se desprende de la naturaleza del propio proceso de trabajo, es también una función de la explotación, función determinada por el inevitable antagonismo entre el explotador y el explotado. Pero también, al crecer la masa de obreros empleados simultáneamente crece su fuerza de resistencia, aumentando también la presión del capital para vencerla (Marx, 1867).

Si seguimos analizando en el tiempo, encontrando distintos autores que nos ponen en conocimiento cómo estas prácticas se siguieron desarrollando, encontrando nuevos modos de configurar la dominación y la resistencia.

En el siglo XVIII entramos, según Thompson, en el *capitalismo industrial disciplinado*, con las hojas de horas, el vigilante del tiempo, campanas, los informadores y las multas. Aparece el tiempo como forma de explotación laboral, ya que las técnicas de manufactura exigen una mayor sincronización del trabajo y una mayor exactitud en la observación de las horas (Thompson, 1979). Se han impuesto nuevos hábitos de trabajo. En palabras de Coriat "...había que conseguir su sumisión (del trabajador) a la nueva disciplina de la fábrica, la ley del cronometro..."¹ Otros autores, como Braverman (1974), también hacen referencia a estas nuevas técnicas de disciplinamiento. La llamada administración científica que "...es un intento de aplicar los métodos de la ciencia a los problemas crecientemente complejos del control del trabajo en las empresas capitalistas..."² Bajo este tipo de método de control podemos encuadrar los grandes modelos productivos que van a marcar hitos en el mundo del trabajo.

Uno de estos grandes modelos es el *taylorismo*. Su principal función, según lo describe Coriat (1994), es descomponer el proceso productivo en unidades lo más fragmentadas posible, hasta llegar a esas tareas elementales totalmente atomizadas. Sobre esta base, procede a una actividad de normalización y de estandarización rigurosa de los gestos elementales para convertir estas tareas en las únicas y

¹ Coriat, Benjamin (1979) "El taller y el cronometro" Siglo XXI, Madrid. Pp5.

² Braverman, Harry (1984) "Trabajo y capital monopolista. La degradación del trabajo en el siglo XX", Editorial Nuestro Tiempo, México. Pp. 106.



mejores maneras de producir. Las cuales serán impuestas a los operadores que son entrenados para su ejecución a un ritmo rápido. Cada operador realiza sólo la ejecución de un número muy reducido de unidades fragmentadas que serán repetidas constantemente. Y, cada puesto tendrá una especialización, asegurando la coordinación entre puestos de forma jerárquica. De este modo, el trabajador debe desarrollar el máximo grado de actitudes maquinales y automáticas. Taylor imaginó entonces un medio de controlar cada gesto, cada secuencia, cada movimiento en su forma y en su ritmo, dividiendo el modo operatorio complejo en gestos elementales. Resultando más fáciles de controlar por unidades que en su conjunto (Dejours, 1980).

Dejours entiende que su organización es tan rígida que domina no solamente la vida durante las horas de trabajo, sino que también invade el tiempo libre. Si tenemos en cuenta el costo financiero de las actividades en el tiempo libre y el tiempo absorbido por las actividades que no se pueden comprimir, muy pocos son los trabajadores que pueden organizar sus descansos según sus deseos y sus necesidades fisiológicas. De esta manera, conservan presente la preocupación ininterrumpida del tiempo impartido en cada gesto, especie de vigilancia permanente para no dejar apagar o desactivar el condicionamiento mental al comportamiento productivo. El ritmo del tiempo fuera del trabajo es una estrategia, destinada a mantener eficazmente la represión de comportamientos espontáneos que marcarían una brecha en el condicionamiento productivo (Dejours, 1980). Taylor le quitó el monopolio del oficio a los obreros, ya que en la fábrica automatizada el trabajo especializado puede ser suprimido progresivamente y también ser suplantado por simples vigilantes de máquina. El taylorismo hizo posible la entrada masiva de trabajadores no especializados en la producción derrotando entonces al sindicalismo de ese momento pues, continuamente expulsaba al obrero de oficio y también al sindicalizado y organizado (Coriat, 1979).

Braverman nos agrega al respecto que el control administrativo con Taylor asume un rol sin precedentes hasta el momento, incluyendo: el agrupamiento de los obreros en un taller y la imposición de la duración de la jornada laboral; la supervisión de los obreros para asegurar aplicación diligente, intensa o ininterrumpida; el reforzamiento de las reglas contra las distracciones; el establecimiento de mínimos de producción, etc. El objetivo no sólo era controlar el tiempo, sino los movimientos del cuerpo, tarea a la cual, Taylor, se dedicó a estudiar y plasmar en sus manuales.

Una adecuada administración consistía en imponer al obrero la manera precisa en que debe ejecutar su trabajo, de esta manera la gerencia maneja el control real de ejecución de toda actividad laboral, desde la más simple hasta la más complicada (Braverman, 1974).



Otro de estos modelos es el *fordismo*, que consiste en la producción en serie de mercancías estandarizadas cuyo valor, en término de tiempo de trabajo, ha sido rebajado. El fin es la racionalización a través de reducir al máximo la inmovilización productiva del capital. Reduciendo los tiempos muertos en la fabricación y eliminando las detenciones del proceso de transformación que podrían resultar de un defecto de ajuste (Coriat, 1979). La principal característica de este modelo consiste en la nueva forma de extraer el plustrabajo. A través del trabajo parcelario, generado por la pérdida del control del proceso productivo por parte de los obreros, se da lugar a la aparición de nuevas formas de vigilancia. Producto del florecimiento del maquinismo, donde la cinta de montaje obliga a tener a los operarios quietos (Coriat, 1979).

Autores como Gramsci también discuten acerca de los cambios en el proceso productivo que generó el fordismo. Indica que este modelo introdujo cambios en la composición de la clase obrera. Pues a través de sus “altos” salarios exigen una discriminación, una calificación en sus obreros que otras industrias todavía no exigían. Sólo ingresan los hombres mayores de 21 años que no sean holgazanes. El “alto” salario tiene una doble cara. Por un lado, es un instrumento para seleccionar una mano de obra apta y mantenerla establemente. Y por otro lado, es necesario que el trabajador gaste “racionalmente” el grueso de su salario en mantener, renovar y posiblemente aumentar su eficiencia muscular-nerviosa (Gramsci, 1934). De esta manera La Ford forma un cuerpo de obreros especializados. Una vez formados los obreros acaban, algunas veces, por disfrutar de un salario de monopolio, y no sólo esto; sino que no son despedidos en caso de detención temporal de la producción, dado que los elementos que la constituyen se dispersarían y sería imposible volverlos a agrupar. La ideología fordiana de los altos salarios es un fenómeno derivado de una necesidad objetiva de la industria llegada a un determinado grado de desarrollo (Gramsci, 1934).

Luego, frente a la crisis del sistema fordista, ya no alcanzan los sueldos altos para frenar las protestas y empieza a surgir el modelo de la *planta Nissan*, el cual re-elabora las formas de extraer el plustrabajo. Siguiendo a Holloway (1988), la planta Nissan se presenta como una fábrica donde directores y trabajadores visten ropa blanca y comparten el mismo comedor. En donde, tanto los directores y los trabajadores, son jóvenes; una empresa donde nunca hubo huelgas, donde los sindicatos son innecesarios por que los trabajadores gozan de buenas condiciones y se identifican con los objetivos de la empresa. La principal reforma en las normas de trabajo fue la flexibilidad, los obreros ya no deben insistir en definiciones de tareas, deben ser lo suficientemente flexibles como para hacer una tarea u otra.



Para generar esta situación contrarrestaron el poder de los delegados, argumentando que los delegados obreros no representaban los deseos de sus bases. Los pasaron por encima y se dirigieron directamente a los propios trabajadores. A través del debilitamiento de los delegados y de la amenaza de cierre fueron seleccionando cuidadosamente los nuevos trabajadores. Asegurando que solo le darán empleo a trabajadores con la actitud “correcta”. Los trabajadores debían sentir orgullo por “sus productos”. De este modo, la dirección resuelve el problema del activismo sindical, las cuestiones de flexibilidad, calidad y disciplina. El sindicato queda transformado, siendo cooperador e identificándose con los intereses de la empresa. Este proceso fue acompañado por políticas estatales que propiciaban una dura legislatura antisindical (Holloway, 1988).

Otro momento importante de analizar es la experiencia *keynesiana*³. Toni Negri (1979) en su escrito “Dominio y Sabotaje” analiza como luego de la crisis de los años treinta se dio el control de la lucha obrera durante la época keynesiana. Su tesis nos explica como todo Estado-crisis es siempre un Estado-planificado. Todos los elementos de desestabilización introducidos por la lucha obrera y proletaria contra el Estado han sido paulatinamente asumidos por el capital y transformados en elementos de reestructuración. La reestructuración continua es la respuesta al sabotaje obrero. Durante el keynesianismo el control de la lucha obrera tuvo que hacerse en términos globales. A la formación y a la lucha del obrero-masa, Keynes contestó por medio de una total adecuación de la oferta a la demanda. Pero, Keynes se había movido en el ámbito de una proposición política pura y general, había insistido en el tren total. Cuando el tren contradice el proceso cíclico, porque la conflictividad obrera no respeta los equilibrios finales, el Estado keynesiano entra en crisis. A la clase política keynesiana se le comienza a escapar el control sobre los obreros y proletariados. Pero entre tanto, la lucha ha avanzado, la acción obrero-masa ha ido afectando a toda la sociedad, el obrero se presenta como un “obrero social”. Obliga, así, al capital a una confrontación acerca de las reglas de reproducción del sistema. En ese mismo momento la conciencia de la economía política burguesa, que ya se había consolidado, llega a un ulterior grado de crisis y de disociación. En su deseo de seguir el proceso de ataque obrero a las dimensiones generales de la explotación, se ve obligada a actuar como instrumento técnico sobre las emergencias del poder desestructurante de la clase. La reestructuración del Estado se convierte, cada vez más, en una serie indiscriminada de acciones de control, en un aparato técnico puntual, pero ha perdido toda medida, referencia interna y coherencia lógica interior (Negri, 1979).

^{3 3} Si bien el keynesianismo no es entendido como un modelo productivo, como sería el fordismo o el taylorismo. Para los objetivos de este trabajo me resultó interesante analizar el keynesianismo, por eso recibe un apartado.



Podríamos decir que, en estos momentos, ya nos adentrándonos en el *capitalismo monopolista*, teoría acuñada por Lenin y trabajada por Braverman, donde la concentración y centralización del capital comienza a imponerse y, en consecuencia, va tomando forma la moderna estructura de la industria y las finanzas. El capitalismo monopolista de Estado se forma en la época del imperialismo y se caracteriza por unir los monopolios más grandes con el aparato del Estado burgués, por subordinar dicho aparato a los monopolios con el fin de despojar en grado máximo a los trabajadores y obtener altos beneficios monopolistas. Abarca el crecimiento de organizaciones monopólicas dentro de cada país capitalista, la internacionalización del capital, la división internacional del trabajo, el imperialismo, el mercado mundial y el movimiento mundial del capital. Otro de los ejes de este orden es la administración científico-técnica que, como ya nombramos, refiere al uso sistemático de la ciencia para la transformación más rápida de la fuerza de trabajo en capital. De este modo, el cambio tecnológico y la nueva distribución ocupacional de la población empleada, da lugar a una clase obrera modificada (Braverman, 1974). Las ocupaciones de la industria manufacturera son reordenadas hacia un trabajo indirecto logrando que el trabajo en masa sea reducido en número y controlado en sus actividades. Este movimiento crea una pequeña proporción de empleos técnicos, la mayoría de los cuales están estrechamente vinculados a la administración. En este sentido, se van creando y ampliando nuevas ocupaciones que parecen tener un supuesto adelanto y superioridad respecto a las “viejas” ocupaciones. Se observa el crecimiento de un tipo de trabajo que, en los efectos útiles, no toma necesariamente forma de objeto. Este trabajo es ofrecido directamente al consumidor, dado que la producción y el consumo son simultáneos, entramos aquí en el campo de los servicios. Lo que le interesa al capitalismo no es la forma determinada del trabajo, sino su forma social, su capacidad para producir, como trabajo asalariado, una ganancia para el capitalista. El sector servicio se transforma en un sector de interés para el capitalista con la llegada del capitalismo monopolista. Ya que este, creó el mercado universal y transformó en mercancía toda forma de actividad de la humanidad, haciendo que pueda obtener una plusvalía de estas, incluyendo todas aquellas cosas que la gente había hecho por sí misma o conjuntamente. Mientras, en general, se cree que el proceso de trabajo es para crear valores útiles, ahora se ha convertido específicamente en un proceso para la expansión del capital, para la creación de una ganancia (Braverman, 1974).

Burawoy (1979), en su extenso trabajo de campo, también observa como las prácticas de control y dominación se van profundizando. La enajenación empieza a ser mayor. Un número cada vez más grande de trabajadores se ven reducidos a la condición de meros apéndices de las máquinas. El ritmo



mecánico de trabajo se convierte cada vez más en un arma de control, perdiendo el proceso de trabajo toda subjetividad obrera. La fuerza de trabajo se convierte en mera mercancía. Sus usos ya no son organizados de acuerdo a las necesidades y deseos de aquellos que la venden sino más bien de acuerdo a las necesidades de sus compradores. Los trabajos demandan cada vez menos calificación y entrenamiento, ya que el trabajo se ha subdividido en forma creciente en pequeñas operaciones que fracasan en sostener el interés o en emplear las habilidades humanas a los niveles de educación en boga. De este modo, se facilita la intercambiabilidad del personal, que se convierte en otro modo de control. El despido aparece como una amenaza constante donde, con cada reducción de la fuerza de trabajo, los trabajadores restantes son advertidos para que aumenten su producción. Se promueve así, en palabras de Burawoy (1979), un “individualismo competitivo”. El desempleo aparece como parte necesaria del sistema capitalista, por ende no podemos comprender la masa de empleados separada de la masa de desempleados.

También, se ha igualado la calificación con tener una destreza específica, tal como la rapidez. Si este trabajo le exige al trabajador unos cuantos días o semanas de entrenamiento es aceptable, ahora cuando este exige un periodo de aprendizaje de meses, infunde pavor en el capitalista. Ya Marx nombraba al respecto como se convierte al trabajador en un monstruo, fomentando artificialmente solo una de sus habilidades parciales, aplastando todos sus estímulos y capacidades, transformándolo en un aparato automático sometido a un trabajo parcial. La única calificación posible es la de expertos e inexpertos implantando una organización jerárquica entre los obreros, dividiendo así entre obreros especializados y peones, para los cuales la educación necesaria es ínfima. Para los especializados en relación con los artesanos su educación disminuye, ya que se simplifican sus funciones, y el resultado para ambos es la disminución del valor de la fuerza de trabajo (Marx, 1867).

Al despojar al obrero de sus calificaciones aparecen nuevas formas de dominación imponiéndole los intereses de la empresa sobre bases contractuales voluntarias. Sucede que la plusvalía solo se transforma en beneficio en el mercado mediante la venta del producto, de acá que la magnitud del beneficio sea la demanda y la oferta del mercado, y no el tiempo de trabajo no retribuido incorporado a la mercancía. Así pues, parece que los beneficios solo se generan en el mercado haciendo que los trabajadores admitan que su subsistencia depende de la supervivencia de la empresa para la cual trabajan. Logran que se enmascare la plusvalía, obteniendo una coacción y un consentimiento por parte de los trabajadores que los induce a colaborar en la búsqueda del beneficio de la empresa (Burawoy, 1979).



Pero por debajo de esa aparente adaptación a los intereses de la empresa, continua la hostilidad de los obreros hacia las formas degeneradas del trabajo a las que son impulsados, lo cual se expresa en un ilimitado cinismo y repulsión que sienten hacia su trabajo. El trabajo no se presenta como una función natural, se convierte en una actividad torturante. El tiempo de trabajo resulta ser dividido en forma neta y antagónica con el tiempo que no es de trabajo, otorgándole al tiempo libre un valor extraordinario, mientras que el tiempo de trabajo es considerado perdido o desperdiciado (Braverman, 1974).

Sobre la resistencia...

Ante las nuevas modalidades de dominación del sistema capitalista se da lugar a nuevas formas de resistencia. Si bien Marx ya había observado algunas de estas prácticas de resistencia que aquí se analizan, durante el capitalismo monopolista se van a profundizar. En el fordismo podemos encontrar algunas de ellas, donde los retardos van aumentando haciendo más difícil el arranque de las líneas de producción e incrementando las quejas sobre la calidad. Hay más discusiones con los capataces, más quejas sobre la disciplina y el sobretiempo, más requerimientos, más abandono, incluso algunos obreros se van a mitad de la cadena en movimiento. Estas prácticas surgen por la necesidad patronal de renovar constantemente los mecanismos de adaptación del obrero al modo de producción capitalista, por la conflictividad y resistencia que se presentan allí (Braverman, 1974). Es en estos nuevos mecanismos donde se presentan con otra cara la resistencia- abandono, desgano, negligencia; en definitiva, formas veladas de resistencia del obrero hacia los ritmos y formas de producción (Collado, 2001). Una insatisfacción expresada en altas tasas de abandono, ausentismo, resistencia al ritmo de trabajo prescripto, indiferencia, restricciones colectivas a la producción y hostilidad abierta hacia la gerencia (Braverman, 1974). Varios autores van a hacer referencia a este tipo de prácticas. Hyman (1975) agrega que el absentismo, la falta de puntualidad, la movilidad, la baja productividad, e incluso los accidentes de trabajo, representan respuestas conscientes o inconscientes al descontento derivado de características identificables de la situación en el trabajo. El sabotaje individual, la indisciplina, y distintas formas de abandono del trabajo suponen una típica acción –o reacción- individual espontánea, ante unas relaciones de trabajo desagradables, aunque también estas prácticas pueden afectar a un gran número de trabajadores y ser plasmadas y ejecutadas por un sindicato. Este estilo de prácticas también son observadas por Cohen y Carrasco (2001) en trabajadores africanos, donde encuentran ajustes psicológicos por parte de los trabajadores que usan, a modo de resistencia, accidentes y enfermedades, uso de drogas y creencias en soluciones de otro mundo. Estas prácticas representan una conciencia latente y subterránea en los trabajadores.



Estas manifestaciones podemos encontrarlas en lo que Scott (1990) llama el discurso oculto. El cual, es realizado a través de un grupo subordinado que, a partir de sus sufrimientos, realiza una crítica al poder a espaldas de este. Por otro lado, el poderoso también elabora un discurso oculto donde se articulan las prácticas y las exigencias de su poder que no se pueden expresar abiertamente. Es aquí donde aparecen los rumores, el chisme, los cuentos populares, las canciones, los gestos, los chistes, etc. Sirven, entre otras cosas, para insinuar sus críticas al poder al tiempo que se protegen en el anonimato. Por ende, los espacios menos vigilados, los más autónomos, son los lugares más adecuados para recuperar el discurso oculto. Ahora bien, Scott sostiene que el discurso oculto no contiene solo actos de lenguaje también hay una extensa gama de prácticas, entre ellas el hurto en pequeña escala, la evasión de impuestos, el trabajo deliberadamente mal hecho, las fugas, etc. Es en el discurso oculto donde es posible el surgimiento de una cultura política claramente disidente, ya que todas estas formas de insubordinación representan, lo que Scott llama, la infrapolítica de los desvalidos, es decir todas aquellas grandes variedades de formas de resistencia muy discretas que recurren a formas indirectas de expresión. Constituyen para los dominados una reacción, casi un impulso vital, para sobrevivir en condiciones adversas. Las burlas, los chismes y los rumores son un arma simbólica de resistencia que permiten a los dominados superar la “frustración de la acción recíproca”, es decir, la aceptación obligada de una situación de desigualdad total.

A la vez que está el discurso oculto, también existe el discurso público y hegemónico que es aquel que refiere a las relaciones explícitas entre los subordinados y los poderosos, donde a menudo ambas partes consideran conveniente fraguar en forma tácita una falsa imagen. Es así que se dan diversas técnicas de apariencia, que si bien los grupos subordinados adoptan aquellas que el poder les impone, eso nos les impide usarlas como un instrumento de resistencia y evasión. Aunque también, hay que tener presente que por esta evasión los subordinados pagan un alto precio contribuyendo a la producción de un discurso público que, aparentemente, reconfirma la ideología social de los dominadores. Esto suele concluir en un ocultamiento de los sentimientos propios, suprimiéndolos por frases y gestos adecuados, controlando impulsos de insultar, indignarse y de contención de la violencia inspirada por esos sentimientos, ya que se considera necesario suprimir estos deseos en pos de un beneficio propio y de la sobrevivencia.

En este marco Burawoy también nos ofrece sus aportes a través del juego de arreglárselas. Técnica que realizan los trabajadores para hacer lo más ameno posible el momento de trabajo, generando satisfacciones relativas y reduciendo la tensión que implica una serie inacabable de actos sin sentido. Las condiciones de trabajo (condiciones físicas, carácter reiterativo del trabajo, monotonía, etc.) dan



lugar a privaciones (desgaste físico, aburrimiento, cansancio, etc.) y éstas generan a su vez satisfacciones relativas o aparentes. Lo que Burawoy observa es que existe un margen de iniciativa que puede satisfacer hasta cierto punto el instinto lúdico y creador del trabajador. Ya que por más minuciosas y precisas que sean las tareas siempre le quedan al trabajador ciertas posibilidades de sustraerse de la rutina y permitirse, en algunos momentos, el lujo de la autodeterminación. El juego de arreglárselas consiste en manipular las relaciones externas impuestas y lograr hacer las tareas más amenas, pasando en el menor tiempo posible de una etapa a la siguiente. El mismo Burawoy se encontró inmerso en esta situación y la describe de la siguiente manera:

“Una vez que me di cuenta que podía arreglármelas, la participación en un juego cuyo resultado era incierto suscitó mi interés, y me encontré ayudando espontáneamente a la dirección a obtener más plusvalía. Además, el juego es la única forma de entablar relaciones con otros en el lugar de trabajo. Hasta que no pude pasearme por el taller con aire de maquinista experimentado, capaz de tomarse todo el tiempo del mundo, sin dejar de arreglárselas, sólo los más novatos se dignaron a entablar conversación conmigo”⁴

Tanto Burawoy como Scott plantean la idea de que estos juegos son permitidos hasta tal punto por los jefes, ya que también les sirve para reforzar su propia autoridad. Es decir, que estas técnicas de apariencias también son adoptadas por los dominadores que tratan de aproximarse, idealmente, a lo que ellos quieren que vean sus subordinados, pero en algunas circunstancias estas máscaras, también, pueden ser trampas. Según Scott, al permitirles a los subordinados el juego de rebelarse siguiendo reglas específicas en periodos determinados impiden formas más peligrosas de agresión.

Entonces la no declarada guerra ideológica exige que nos introduzcamos en el mundo del rumor, el chisme, los disfraces, etc., según Scott, los grupos subordinados tienen que encontrar maneras de transmitir su mensaje manteniéndose como puedan dentro de los límites de la ley.

En relación al rol de estas prácticas, Negri se cuestiona si es posible nutrir la subjetividad de un contenido de masas. Nos indica que lo personal puede llegar a ser político a través de la mediación colectiva. Es la praxis colectiva de la autovalorización proletaria lo que determina la unidad de la conciencia subjetiva. A través de la independencia de la autovalorización proletaria es que podemos situarnos en el plano de la revolución. La autovalorización de clase significa la destrucción de la totalidad enemiga, llevada hasta la exclusividad del autoreconocimiento de la propia independencia colectiva. Es el proceso a través del cual la lucha de la clase obrera ataca directamente al sistema de la

^{4 4} Burawoy, Michael (1979) “El consentimiento en la producción. Los cambios del proceso productivo en el capitalismo monopolista”, Ministerio de Trabajo, Madrid. Pp. 90.



explotación y a su régimen político. La lucha obrera impone una reorganización social, una reestructuración capitalista, pero estas reformas siguen siendo capitalistas. Por ende, la lucha obrera no halla su continuidad en la reestructuración; en la reestructuración ve solamente un efecto de su propia fuerza, un aumento de sus posibilidades de ataque para desestructurar totalmente al capital. Es así, que el centro del programa comunista, para Negri, debe centrarse en el rechazo del trabajo, táctica fundamental de la desestructuración del enemigo. Es, de hecho, el fundamento más específico materialmente determinado de la fuerza reapropiada en el proceso de la autovalorización obrera. Rechazo del trabajo significa sabotaje, huelga, acción directa. Su objetivo es la total utilización de la riqueza al servicio de la libertad colectiva (Negri, 1979).

Algunas conclusiones:

Como nombrábamos al principio, a lo largo de la historia podemos ver como el capitalismo ha ido perfeccionando el control patronal, adoptando nuevas técnicas para disciplinar al personal en pos de contrarrestar los avances del movimiento obrero.

En el sistema a destajo el encargado del taller podía despedir fácilmente a los trabajadores que no cubrían el cupo requerido. Se utilizaba la coacción como el mecanismo utilizado por el capital para controlar a los obreros. Pero, a raíz de los avances generados por el movimiento obrero, como la aparición de los sindicatos y de la protección de los derechos mínimos del trabajador, este mecanismo se tornó dificultoso. La mera coacción no basta ya para explicar el comportamiento de los trabajadores (Burawoy, 1979). Por ello, se da una reelaboración de los dispositivos de control. Ya no buscan materializarse en formas puras y directas –como a los comienzos del sistema-, sino que se proponen lograr la internalización, en los trabajadores, de una serie de herramientas/dispositivos y, la naturalización de conductas que propicien una participación inclusiva. En la actualidad el capital desdibuja los límites de la imposición, proponiendo que los mismos trabajadores sean colaboradores de los objetivos patronales al alinear sus metas individuales con las organizaciones y al transformar la coerción en aparente consenso (Krepki y Miguel, 2014). Esta nueva forma de ejercer el control va a configurar también las formas de ejercer la resistencia por parte de los trabajadores.

Con respecto al lugar que ocupan las prácticas de resistencia no manifiestas en relación a la lucha obrera, podemos analizar los posicionamientos de los diferentes autores.

Scott, a la hora de pensar la lucha obrera, se centra en el plano de lo cultural. Encuentra que los trabajadores pueden crear una cultura disidente desde el discurso oculto (rumores, chismes, cuentos populares, chistes, etc.). Para sobrevivir, los grupos subordinados, deben encontrar maneras de



transmitir su mensaje manteniéndose, como puedan, dentro de los límites de la ley. Las autoridades también siguen estas reglas específicas, en periodos determinados. Ya sea porque se encuentran obligadas a tolerarlas o porque no pueden impedir que sucedan, y así evitan formas más peligrosas de resistencia. Los grupos subordinados se crean una discreta vida política pública, en un sistema político que no permite que este tipo de vida se organice sin su control directo (Scott, 2000). En cambio Burawoy (1979), si bien señala cómo el juego de arreglárselas se da y es permitido por las autoridades, observa también que los juegos aparecen históricamente en el marco de un proceso de lucha y negociación, pero se desarrollan dentro de límites definidos por la necesidad de salarios mínimos y márgenes aceptables de beneficios. Por eso Burawoy, trasciende el plano de lo cultural, para destacar la importancia de trasladar la lucha al plano ideológico. Entiende que cuando el ámbito en el que se desarrollan las luchas políticas y económicas se convierte a su vez en objeto de lucha, el proceso productivo capitalista se ve directamente amenazado.

Para Hyman (1975), la huelga es la manifestación más clara del conflicto laboral, pero expone que el conflicto puede adoptar otras formas como el boicoteo, la limitación de la producción, el sabotaje, el absentismo, etc. Estos distintos tipos de manifestar la conflictividad representan respuestas alternativas a injusticias, causas y privaciones similares a las que generan un conflicto como la huelga. Algunas de estas formas de acción pueden producirse de manera relativamente espontánea, siendo reflejo de comportamientos más individuales que colectivos; otras pueden afectar a un gran número de trabajadores y ser plasmadas y ejecutadas por un sindicato. Aunque, Hyman encuentra que actualmente los sindicatos se ven excedidos en su capacidad para canalizar este estilo de protesta hacia fines revolucionarios. Por eso, afirma que sólo si los propósitos implícitos en la acción de las bases sindicales se hacen explícitos, existen esperanzas de contención efectiva de los orígenes de desorden en las relaciones industriales. De igual manera, encontramos esta apreciación en el estudio de los trabajadores africanos de Cohen y Carrasco (2001), quienes entienden que estas formas de resistencia, anteriormente analizadas, representan una conciencia latente y subterránea. Los trabajadores pueden trascender los prosaicos límites de las acciones y reacciones cotidianas en determinadas circunstancias, siempre que aparezcan líderes capaces de amplificar y movilizar formas de disenso que no han hecho oír su voz hasta el momento. También Hyman, nos aporta en esta línea que existe una base para que la minoría de los trabajadores que poseen una conciencia clara y amplia de los intereses comunes de la clase obrera, puedan influir sobre sus compañeros, para la influencia mutua entre vanguardia revolucionaria y militantes de base.



Por último, tenemos los aportes de Negri (1979) quien entiende que la lucha obrera como se está dando impone una reestructuración capitalista, pero estas reformas siguen siendo capitalistas. La reestructuración tiene que servirle a la lucha obrera para ver el efecto de su propia fuerza. Pero, el centro del programa comunista debe centrarse en el rechazo del trabajo, que significa sabotaje, huelga, acción directa. Táctica fundamental de la desestructuración del enemigo.

Como vimos, todos los autores le dan una importancia fundamental a estas prácticas ocultas de resistencia. Si bien, entre ellos encontramos matices respecto del rol de dichas prácticas en la lucha obrera organizada y como motores en la destrucción del sistema, es innegable que encontramos en ellas una fuerza que nos demuestra que aún está encendida la llama de la lucha obrera.

Bibliografía:

- Braverman, Harry (1984) “Trabajo y capital monopolista. La degradación del trabajo en el siglo XX”, Editorial Nuestro Tiempo, México.
- Buroway, Michael (1979) “El consentimiento en la producción. Los cambios del proceso productivo en el capitalismo monopolista”, Ministerio de Trabajo, Madrid.
- Cohen, Robin y Carazo Carrasco, José (2001) “Resistencia y formas ocultas de conciencia entre trabajadores africanos”, Historia Social N°39, Iberoamerica.
- Collado, Patricia y equipo (2001) “Trabajo, control y conflicto en clave actual. Aproximaciones a Braverman desde la cuestión social mendocina”. INCIHUSA - CCT Mendoza - CONICET y Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNCuyo.
- Coriat, Benjamin (1979) “El taller y el cronometro” Siglo XXI, Madrid
- Coriat, Benjamin (1994) “Taylor, Ford y Ohno. Nuevos desarrollos en el análisis del ohnismo”, Estudios del Trabajo, N° 7, ASET, Buenos Aires, Argentina.
- Dejours, Christopher (1980) “Trabajo y desgaste mental. Una contribución a la psicología del trabajo”, Editorial Lumen, Buenos Aires.
- Gramsci, Antonio (1934) “Americanismo y fordismo” Cuaderno 22 (V) Edición Crítica del Instituto Gramsci, México.
- Holloway, Jhon (1988) “La Rosa Roja de Nissan”, Brecha, N° 4, México, pp. 29-50



- Hyman, Richard (1975) “Relaciones industriales. Una introducción marxista” Ediciones H. Blume, Madrid.
- Krepki, Denise y Miguel, Agustina (2014) “Marionetas corporativas: los hilos de la cooperación como forma de manipulación de la subjetividad de la fuerza de trabajo en Accenture” Revista Conflicto Social, Año 7 N° 11, Buenos Aires, Argentina.
- Marx, Karl (1867) “El Capital I. Crítica de la economía política” Fondo de Cultura Económica, México.
- Montes Cato, Juan (2007) “Reflexiones teóricas en torno al estudio del conflicto laboral. Los procesos de construcción social de la resistencia” Trabajo y Sociedad: Indagaciones sobre el trabajo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas, N° 9, vol. IX, Santiago del Estero, Argentina
- Negri, Toni (1979) “Dominio y Sabotaje” Ediciones El Viejo Topo, Barcelona
- Scott, James (2000) “Los dominados y el arte de la resistencia”, Ediciones Era, México.
- Thompson, Edward (1979) “Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudio sobre la crisis de la sociedad preindustrial” Editorial Crítica, Barcelona